

Capítulo LXXXV.

El tribunal de la Fé.

La noticia de la prision de Rosmunda circuló con rapidez por toda la ciudad, y para acallar la indignacion general se reunió el tribunal que habia de entender en su sentencia.

Torquemada, el implacable, el fánatico Torquemada, que con su mal entendido celo hizo tantas victimas, ocupó como de costumbre la presidencia.

Inmediatamente mandó que condujeran á la reo ante el tribunal para oír sus descargos.

Rosmunda se presentó acompañada de cuatro familiares, que la servian de guardianes.

Su rostro revelaba una expresion inexplicable.

Una nube de tristeza oscurecia á veces su frente, porque consideraba que iba á separarse hasta la eter-

nidad del hombre que con tanta vehemencia habia hecho latir su corazon, nube que contrastaba con la alegría que brillaba por intervalos en sus hermosos ojos, sin duda recordando que se sacrificaba en aras del objeto de su cariño.

Más de uno de los jueces que iban á atender en su causa sintió, al contemplar su peregrina hermosura deseos livianos, que le aconsejaban una falsa compasion.

Pero como si el inflexible Torquemada leyese con su escrutadora mirada en el corazon de sus colegas, dirigiéndose á la jóven, le dijo con su brutal aspereza:

—Vais á contestar á las preguntas que voy haceros, y pongo á Dios por testigo que si noto en vos que ocultais lo más mínimo, sufrireis el mayor de los tormentos, pese á quien pese.

Rosmunda permaneció silenciosa.

A pesar de su valor de su energía de su fuerza de voluntad, no podia ménos de sentir la influencia del pavoroso lugar donde se hallaba.

En efecto; aquella habitacion tapizada de negro, en la que á la ténue luz de dos velas colocadas al lado de un santo Cristo, se veian los infinitos instrumentos que la imaginacion y la industria clerical habia fabricado para tormento de los infelices que comparecian ante aquel mal llamado Tribunal de la Fé; los siniestros semblantes de los jueces, las ridiculas eperuzas que usaban algunos de los familiares, la sangre aún humeante de algunas victimas, que tai

vez por una falsa delacion habian sufrido el peso de la inhumana autoridad de aquellos jueces, la impresionaron dolorosamente.

En vano buscó entre todos los que asistian á aquella escena uno que por su semblante le hiciese suponer que abrigaba un corazon generoso.

En todos ellos se pintaba el terror, la duda.

Bien es verdad que nadie se hallaba seguro de no sufrir los rigores de la Inquisicion.

Los padres acusaban á los hijos, estos á los autores de sus dias, el esposo á la esposa, el hermano al hermano. ¡Pero qué más? Hasta entre los mismos familiares del Santo Oficio, entre los mismos jueces, habia delaciones, que siempre concluian en el cadalso.

El interrogatorio comenzó.

—¿Por qué razon habeis desobedecido la orden que he dado de que todos los herejes abandonen este territorio?—preguntó á la jóven.

—Porque habia tomado cariño á este suelo que me vió nacer.

—¡Mentís, miserable!

—Os juro que digo la verdad.

—Aquí no se jura. Por segunda vez os pregunto la razon de haber desobedecido mi orden.

—Ya os lo he dicho.

—Os obstináis en ocultarme la causa, pero yo os haré hablar. ¡Hola!—añadió, dirigiéndose á uno de los familiares.—Poned en el potro á esa infame, y dadle una vuelta.

Esta orden fué obedecida con presteza.

La jóven fué conducida á una especie de cama, donde la sujetaron con unas correas.

Despues ataron á una de sus piernas una gruesa cuerda, cuyos extremos agarraron dos robustos familiares.

Tiraron con fuerza de los cabos de la cuerda, y á pesar de todo su valor, no pudo ménos la jóven de exhalar un doloso gemido.

—Por tercera vez os intimo que contesteis á mi pregunta.

—Nada tengo que añadir á lo que he dicho.

—Dadla otra vuelta,—dijo con inconcebible sangre fria Torquemada.

Ataron entonces cada uno de los cabos á una especie de cilindro que pusieron en movimiento por medio de un manubrio.

—Piedad, señor, que yo os revelaré la verdad.

—Aflojad un poco,—dijo uno de los jueces.

Rosmunda apenas podia hablar.

La violenta contraccion de sus huesos le habia producido dolores tan terribles, que se hallaba poco ménos que exánime.

—Yo amaba á un hombre, del que por nada del mundo queria separarme.

—¿Qué decís?—exclamó con indignacion Torquemada.—¡Segun eso, habeis fijado vuestros ojos en un cristiano!

Y ardiendo en furor, añadió:

—Que la trasladen al péndulo.

No se sabe por qué razón se daba este nombre á un aparato de tormento, que consistía en una especie de horca.

Suspendían en ella por los brazos á la víctima, y colgaban de sus piés enormes piedras, cuyo peso aumentaban gradualmente.

De esta manera lograban que los reos hiciesen declaraciones á voluntad de los jueces, prefiriendo ser perjuros, con tal de que cesasen aquellas escenas sangrientas.

Los ojos de la infeliz Rosmunda se inyectaban de sangre por el exceso del dolor, y parecían querer saltarse de sus órbitas.

—¿Quién era vuestro amante?

—Idead cuantos tormentos imagineis,—exclamó con entereza la jóven;—pero este secreto morirá conmigo.

—Bien está,—dijo con cólera mal reprimida el inquisidor general.—Conducidla de nuevo á su encierro,—añadió, dirigiéndose á los guardianes que la habían llevado ante el tribunal.

Colocaron á Rosmunda en una escalera, y desaparecieron con ella.

Al ir Julian, como todos los días, á casa de su amada, una mortal palidez se reflejó en su semblante al ver en la puerta de la habitación la cruz roja con que el Santo Oficio señalaba la morada de los que sometía al fallo de su justicia.

Por no hacerse sospechoso no preguntó á nadie, si bien adivinaba la situación en que se hallaría su amada.

—Yo debo morir con ella,—se dijo para sí Julian Garcés.

Toda la noche la pasó en vela, ideando el medio de poder despedirse de su amada y de comunicarle su formal resolución.

La falta de alimento, el insomnio, unido á la pena que le devoraba, debilitaron sensiblemente sus fuerzas, y á cosa del amanecer le rindió el cansancio.

Sus ojos se cerraron, y tuvo una vision que decidió de su porvenir.

Radiante de hermosura se le presentó su amada, y le dijo:

—Admiro tu generosidad, Julian; pero la Virgen Santísima, á quien tú me has enseñado á amar, y á quien me encomiendo todos los días, al anunciarme el triste fin que me espera, al prodigarme palabras de consuelo, me ha dicho:

»—Sufre con paciencia el tormento; él representa una prueba dolorosa, pero que purificará tu alma del pecado. El señor te acogerá en su seno, y respecto á tu amante, también hallará clemencia en la infinita bondad del Creador de todo lo que existe, si se arrepiente de su conducta pasada y se consagra á la Iglesia.

Garcés, en sueños, quiso coger una mano de aquella mujer heroica que moría resignada con la esperanza en la otra vida, y al movimiento que hizo despertó.

Inmediatamente salió de su cuartel, y al dirigir-

se al tribunal para saber el estado de Rosmunda, volvia la muchedumbre de contemplar la agonía de su amada.

Torquemada, fiel á sus propósitos, la habia sentenciado al fuego.

Despues de haberla mandado tambien arrancar los dientes.

De esta manera entendian aquellos indignos sacerdotes la práctica de la religion de un Dios de bondad, de paz, de caridad.

El desconsolado Julian, fuese por supersticion, ó por que aquel terrible golpe alejaba de su corazon todas las ilusiones, pidió permiso al emperador Carlos V, y obtuvo su vènia, para entrar como novicio en un convento de monicos.

Allí se consagró con afan al estudio, como lenitivo á su dolor, y los rápidos progresos que hizo, unidos á su bondadoso carácter, á su afabilidad jamás desmentida, á su vida verdaderamente ejemplar, le hicieron ocupar sucesivamente todos los cargos más honoríficos de la órden.

La noticia de su talento, de su instruccion, de sus virtudes, llegó á la córte, y el monarca español se congratuló al saber su deseo de ir á las Indias.

Para premiar sus relevantes dotes, le nombró obispo de Tlascala.

Ya sabemos que el verdadero móvil de fray Julian Garcés, al dirigirse á aquellas lejanas tierras, era procurar con su influencia que cesasen las rivalida-

des, cada dia más turbulentas, entre los amigos y enemigos del inmortal Cortés, no ménos que el de propagar la religion cristiana, de que era tan decidido adalid.

Capítulo LXXXVI.

Recibimiento de fray Julian de Garcés á su llegada á Méjico.

La ceremonia que tuvo lugar para el recibimiento de fray Julian de Garcés á su llegada á Méjico, fué verdaderamente solemne.

Era el primer obispo que iba á desempeñar su sagrada mision á las Indias, y natural era que se le dispensasen los honores que reclamaba tan alto cargo.

Todas las tropas formaron en la carrera que debia recorrer.

Los indios que componian parte del ejército español, lucian sus plumas más vistosas.

Las ventanas de las casas estaban profusamente adornadas, y todas las calles del tránsito se hallaban alfombradas por hojas de palma y yerbas olorosas, que embalsamaban el ambiente.

En el palacio del gobernador, en los cuarteles, en todos los edificios públicos, ondeaba majestuosamente la bandera española.

Los navíos estaban empavesados.

Las avenidas todas, especialmente las más proximas á la iglesia, estaban cuajadas de gente, ávida de contemplar á aquel santo varon, de cuyas virtudes y talento todos se hacian lenguas.

De todas las poblaciones habian acudido los frailes y clérigos que Hernan Cortés habia enviado anteriormente á propagar la luz del Evangelio, y la noticia de la ceremonia á que iban asistir habia atraido á millares de indios.

El cielo, tomando parte en el regocijo general, ostentaba un azul purísimo que sólo se encuentra en los países tropicales.

Fray Julian de Garcés, acompañado de su amigo y compañero fray diego de Loaisa, llegó precedido de todo el clero perteneciente á los pueblos que habia atravesado.

Las órdenes monásticas que ya habia en Méjico, el alto clero de la metrópoli, los altos dignatarios, comisiones de la milicia, de la nobleza, salieron á su encuentro.

Todos hincaron la rodilla en tierra en señal de respeto, y á una indicacion de Fray Julian continuó su marcha la comitiva.

A la llegada al templo fué más solemne, si cabe, la ceremonia.

El clero parroquial se presentó en el vestíbulo.

Un pálio riquísimo de plata, cuyo precioso metal habia regalado para este objeto un opulento mejicano que se habia convertido á la religion, se estrenó para dar más realce á la fiesta.

Bajo él penetró en el templo el virtuoso obispo, precedido de ciriales del mismo metal y de vistosos estandartes.

A la puerta de la iglesia se hallaba tambien el gobernador Estrada y todos los altos dignatarios de la metrópoli.

Veinte disparos de artillería indicaron á la poblacion que el Te-Deum iba á dar comienzo.

Al propio tiempo una orquesta improvisada dejaba oír los acordes sonidos de la marcha real.

Los indios no se cansaban de admirar aquel grandioso espectáculo, completamente nuevo para ellos.

Con respetuoso silencio, con verdadera unción, asistieron todos los españoles á aquella solemnidad que tenia lugar en el templo.

Amigos y enemigos de Cortés se hallaban en aquellos momentos unidos por el indisoluble lazo de la religion cristiana.

La ceremonia terminó.

Cediendo á las invitaciones del clero y altos funcionarios de la ciudad, pasó á ocupar fray Julian la suntuosa habitacion que se le habia preparado.

El virtuoso sacerdote, recordando la pobreza en que habia vivido el Salvador del mundo, hubiera preferido un albergue más modesto.

Tuvo que vencer su repugnancia ante la conside-

racion de que, no sólo por sus merecimientos, sino por el esplendor de la dignidad de que iba revestido, debia ocupar el alojamiento que se le destinaba.

En aquella ocasion se demostró una vez más la prevision, el buen juicio que precedia á todo cuanto hacia el héroe de nuestra historia.

Como si adivinara que habia de llegar este caso, al dirigir las construcciones que trasformaron á Méjico en una ciudad de primer orden, habia trazado hábilmente en el mismo cuerpo de la iglesia suntuosas habitaciones, amuebladas con elegante, aunque severo gusto.

Terminada la ceremonia religiosa, como hemos dicho, pasó fray Julian de Garcés á su alojamiento, habiendo dado antes su bendicion á todos los fieles.

Más de tres horas pasó el venerable en dar á besar su anillo, y hubiera seguramente empleado todo el dia en esta cariñosa ocupacion, á no haber ordenado el gobernador que se prohibiera prolongar aquel acto por la necesidad que tenia de descanso el prelado.

Al saber al dia siguiente el clero de las poblaciones vecinas la resolucion de fray Julian de permanecer algunos dias en Méjico, se despidió del anciano.

No sabian todos qué admirar más en él, si su bondad, ó la perspicacia que revelaba al aconsejar á cada cual las prácticas á que debia entregarse para combatir las pasiones más dominantes.

Anton Perez, que por su carácter entrometido fué uno de los que más inmediatamente estuvieron á

su lado, no pudo ménos de morderse los labios al oír de boca del anciano estas frases, que aunque impregnadas de la mayor dulzura, demostraban que á primera vista habia comprendido las debilidades que constituían el modo de ser del intrigante fraile.

—Procurad,—le dijo,—que todos los actos de vuestra vida sean un reflejo de las virtudes que deben adornar al que profesa la religion del Crucificado.

El hombre por su pecado se inclina generalmente al mal, y si no tiene un ejemplo constante en que inspirarse, es fácil que el enemigo le extravíe.

Sobre todo, os recomiendo la caridad. Adivino que sois suficientemente ilustrado para que dudeis ni un sólo instante que la caridad es la base primordial, fundamental, verdadera, sobre que descansa nuestra sacrosanta religion.

A ella debeis consagrar principalmente vuestros desvelos. Y no tengo para qué deciros los múltiples medios de practicarla.

No se limitan estos á repartir entre los necesitados los bienes terrenales que poseemos.

La caridad se ejerce también protegiendo al débil contra el fuerte; despertando en este sentimientos humanitarios, equitativos; terciando en todas las dimensiones, hermanando, uniendo los corazones de los que, aconsejados por el demonio de la vanidad, de la soberbia, se apartan de esa sublime frase que condensa todas las excelencias de la religion, de que somos indignos ministros: «No hagas á otro lo que no quieras para tí.

En fin, repito que sois demasiado ilustrado; vuestra edad, por otra parte, os pone al abrigo de las malas pasiones, que generalmente son patrimonio de esa época en que el hombre, por las tempestades de la vida, sólo tiene ódio para sus semejantes, y no dudo ni un momento de que sereis uno de los más ardientes propagadores de las máximas del crucificado, no sólo con la superior inteligencia que revela vuestro semblante, sino con la severa práctica, de cuanto os llevo dicho.

La conciencia es un juez recto, imparcial, y Anton Perez al pronto no pudo ménos de sentir sus acusaciones.

Pero como el cinismo era la cualidad que más le distinguía; como él, excepción lamentable de la clase á que pertenecía, no tenia más norte que la ambicion, exclamó apenas se vió á solas:

—Decididamente el obispo de Tlascala, si profesa las teorías que predica, no hará fortuna.

A su tiempo veremos cómo pagó Anton Perez este alarde de las equivocadas teorías que constituían toda su religion.

Prosigamos el hilo de esta verídica historia.